

barrieron la tierra, de las melindrosas construcciones académicas. El que viaja por esas riberas, de beber tiene aquellas aguas, y si no, que se aleje. No sólo por la clase de su inspiración, sino también por la manera de escribirse, fué incompatible esa poesía con el extremo pulimento. Rochefort, que vivió cerca del poeta en destierro, nos ha contado intimidades de gran valor: «Trabajaba todos los días de seis a once. Invítome varias veces a verlo en horas de labor. Yo entraba sigilosamente, con el temor de hollar las páginas húmedas que él tendía a secar sobre el lecho, en la chimenea y hasta sobre el tapiz. Era tal su rapidez componiendo, que el papel azul en que escribía no había acabado de orearse cuando llegaba la siguiente hoja. ¡Cómo exigirle a aquel genio perfección de forma en esa carrera desbocada de su creación literaria!» Heredia confesaba que algunos de sus sonetos le impusieron cinco años de labor.

A otro, que no a ti, podría exigírsele que antes de regalarme con tan expresivos epítetos, puntualizase línea a línea el modo como padeció mengua en mi versión el canto de Hugo. Cierto que afirmarlo sin pruebas es privilegio tuyo, mas ese rasgo de esplendidez didáctica ayudaría considerablemente a cimentar la nueva estética. Me referiré, pues, a tus breves reparos.

Te escuece hallar repetido en mis versos el adjetivo pálido. Cárgalo en cuenta al autor que dijo en el 4º:

La pále mort mélait noirs bataillons.

y más adelante:

La Déroute, geante a la face effarée,  
qui PALE épouvantant les plus fiers bata-  
[illons...

El «héroe pálido», es de cargo mío. Recordé, al escribirlo, esta frase de Houssaye, el historiador de Waterloo: «Napoleón lloraba en silencio su ejército perdido. Por su rostro sombrío, de palidez de cera, corrían lágrimas, como único signo de vida». (1815, pág. 441).

El propósito de Hugo al pintarnos en verso el cuadro doloroso de aquella batalla de gigantes, como la llamó Wellington, fué trasmitirnos la sensación real del suceso. No describió el combate con el convencionalismo de un académico del tiempo de Boileau, sino con la nimia probidad que para pintar al mismo héroe ostentó Meissonier sobre el lienzo. No estaba en la manera de Hugo, ni en su tendencia literaria, imitar combates homéricos o virgilianos de evocación neoclásica, tan de moda en tiempo del pintor David. Hugo sintió y describió como realista. En el siglo xvii ningún bardo cortesano habría osado mencio-

nar en verso *les guetres de coutil*, cuya equivalencia a *polainas grises* tanto te ha sulfurado; en la Academia se habría hablado del *coturno et sic de caeteris*.

La calvicie de Napoleón no era frontal ni tan grave que no le permitiese al histórico mechón arremolnarse aquel día bajo la tempestad. Ni las harañas hilan tan delgado como tú, oh Juez implacable, que has calificado de chabacano mi «improvisado» verbo *guindar*, tachado por ti de provincialismo.

Antes de tu aparición, oh Don Lope, ese verbo era muy castizo y figuraba en nuestro léxico académico con todas sus acepciones, entre ellas las de *aquejar* o *maltratar*. Bastante maltrecho debió sentirse el afortunado caudillo inglés, bajo el olmo histórico, cuando soltó el dilema: *Blucher o la noche!* Mas como mi diccionario puede

En el próximo número: un interesantísimo y oportuno artículo de don Miguel de Unamuno, en dos partes:

*La pata de la raposa  
y La educación jesuítica*

Próximamente un artículo de una profesora norteamericana, titulado:

*Unas vacaciones en Costa Rica*

no ser auténtico, o causante el mago Merlín de aquella interpelación verbal, acepto que *guindar* es solamente un provincialismo. Esta clase de vocablos surgen casi siempre del vulgo, y, a la larga, forman el dialecto, y como no es posible que la plebe barrunte de gabacho, que dió origen al verbo, por razones análogas a las que me impiden a mí tener malicia de ese idioma, huélgome en suponer que aquel vocablo cifra un exquisito símbolo: derivase, para mí, de *guinda*, y sugiere la idea de esa fruta purpúrea, cercada de agudas espinas, así cual debió de sentirse el caudillo británico, entre un círculo de lanzas y bayonetas, en el preciso instante que describiera Hugo. Ya ves cuán fácilmente sé plegarme a tus nuevas doctrinas.

Prosa de catorce sílabas te pareció este verso:

Adelante la guardia—gritó—que cargue  
[ahora!

Aquel «supremo ímpetu de la voz de mando que precedió a la derrota»,

fué expresado por Hugo en un alejandrino que poco tiene de supremo, de impetuoso ni de imperativo:

Allons! faites donner la garde, cria-t-il.

Y cuenta que Hugo se lo mandó decir a la guardia, lo que roba mucho ímpetu a la voz de mando en aquel instante supremo.

Hablas «infeliz y contradictorio» que aquellos héroes, al recibir la orden de ataque, desfílansen serenamente hasta tanto llegaban al sitio del peligro. No son contradictorias las dos actitudes, por ser propio de guerreros valientes y disciplinados marchar serenos hacia el corazón del combate y, ya en él, asumir aquella manera audaz y violenta cuya eficacia—tratándose de cargas a bayoneta como aquéllas—depende de la agilidad, prontitud y rudeza con que se maniobra.

Actuar de otra suerte en aquella hora, habría sido estoicismo estúpido, inoportuno, ineficaz, cuando se contaba con aquel esfuerzo, impropio de hombres que jugaban la última carta por su idolatrado Emperador. Aquella fué la hora de los apóstrofes de Ney al Conde de Erlon; la en que Darutte, manco de un sablazo y con la frente rota, era arrastrado por su caballo, en medio de una carga enemiga, hacia el campamento contrario, la hora en que se aspiraba el perfume del jardín de Cambrone...

Sobre todo, consta que aquellas dos maneras coexistieron sin contradecirse.

Quien traduce está sometido, lo mismo que el pintor, a la imposición del modelo. Puede hasta velar imperfecciones que no desvirtúen el carácter, pero la anatomía debe ser respetada. El descriptor participa, a su vez, de la misma obligación, so pena de sacrificar el color local, lo característico que individualiza y distingue los modelos.

En José Eustasio Rivera hállanse versos que, a ser medidos con tu vara, resultarían pedestres.

En últimos números de *Relator*, que acabo de ver, encuentro dos sonetos del ilustre autor de *Tierra de Promisión*, y los:

Pescadores alegres, machacamos barbasco.

Y este verso, al describir un indio salvaje:

Lleva al pecho un carrizo con veneno de [iguana.

Más elevado habría sido decir, por ejemplo:

Lleva en rústicos pomos el fatídico zumo.

Mas la idea de pomo evoca un refinamiento incompatible con la maraña